

columna donde descansase una estatua representando su persona; que condescendió, porque no era nuevo un honor semejante, cuando los jefes de los Gobiernos tomaban una parte activa en la ereccion de los monumentos públicos, y que era notoria la proteccion que él dispensó á los que se propusieron llevar adelante una obra iniciada por su administracion;» pero ya que «sucesos desgraciados motivaron que se quitase aquella estatua,» se veia «obligado por un noble sentimiento de pundonor y patriotismo, á desear que la expresada estatua no permaneciese mas en aquel punto,» por lo cual le «suplicaba encarecidamente» mandase quitarla de allí y que, en su lugar, se pusieran las armas de la república. En consecuencia volvió á bajar del pedestal la estatua y se guardó en una de las piezas bajas de palacio. Santa-Anna se dirigió á Tacubaya, que siempre, cuando habia estado en el poder, habia sido su sitio de residencia. Tacubaya, por su proximidad á la capital, así como por su situacion, lo saludable de su clima y por su bella temperatura, es la poblacion á donde van á pasar las principales familias de Méjico los meses mas calurosos del verano. Al llegar á Tacubaya se le sirvió una magnífica comida, pues se habia dispuesto con anticipacion un gran banquete, al que le acompañaron los Sres. Baz, Carbajal, Romero y otros varios individuos, mientras el Ayuntamiento era obsequiado en la capital con otro espléndido ambigú. Así el mismo personaje que hacia un año y ocho meses se vió acusado, reducido á prision, desterrado del país y considerado como tirano de la sociedad y conculcador de las leyes, se veia aclamado libertador de la tiranía, defensor de la constitucion

de 1824 y el firme apoyo de las garantías sociales. ¡Siempre ha sido una comedia la política en el mundo! ¡Siempre ha sido el pueblo la comparsa que acompaña á los actores que dirigen la escena política!

1846. Al siguiente dia de haber hecho Santa-Anna su espléndida entrada en la capital, la hacia tambien, pero triste, sin acompañamiento y sin lisonjeros aspirantes, el general D. Mariano Arista, llamado por el Gobierno para responder á los cargos que se le hacian por el revés sufrido en la Resaca.

Los asuntos de la frontera eran entretanto cada dia mas alarmantes. Las fuerzas norte-americanas se dirigian á Monterey en número de nueve mil hombres, y el Gobierno se encontraba sin recursos para poder enviar refuerzos y dinero á la division mejicana que se disponía á resistirles. Los setecientos mil duros que dejó Paredes, pertenecientes al préstamo del millon de duros hecho por el clero, habian desaparecido en quince dias. Los gastos causados por la revolucion, consumieron aquella cantidad destinada á la guerra nacional. ¡Así las contiendas políticas absorbian los recursos que debian emplearse en defensa de la patria! El dia 20 de Setiembre, quince despues del pronunciamiento de la ciudadela, era tan extrema la escasez de reales en que se encontraba la Hacienda pública, que el Gobierno citó una junta de capitalistas en Tacubaya, á la cual solamente asistieron quince individuos. En ella resultaron comisionados para proporcionar *dos millones de duros*, D. Cayetano Rubio, D. Juan de Dios Perez Galvez, D. Antonio Garay, D. Juan Rondero y D. Joaquin Rozas. El Gobierno manifestó con franqueza

los apuros pecuniarios que tenia para triunfar de los Estados Unidos, y señaló para hipoteca especial, fincas valiosas pertenecientes á los bienes del clero. Sin embargo de esta escasez de numerario y de que, por lo mismo, nunca se debian procurar mas las economías que en aquellas circunstancias afflictivas, el dia anterior nombró el Gobierno, por medio de un decreto, un consejo de trece individuos, con sueldo de 250 duros al mes cada uno, con el objeto de que su presidente se encargase del gobierno de la nacion en las faltas del general en jefe. Don Valentin Gomez Farias fué el nombrado presidente de este consejo. En vano la opinion pública levantó la voz y desaprobó la creacion del expresado consejo como inútil y oneroso; el Gobierno juzgó conveniente que existiera, y continuó sosteniéndolo.

La desaprobacion manifestada por la prensa y el público contra el nombramiento de aquel consejo, fué mas acentuada cuando el *Diario del Gobierno* hizo patente, cuatro dias despues, las afflictivas circunstancias en que se encontraba el erario. El artículo de fondo del citado *Diario Oficial* del dia 23 de Setiembre, no solo patentizaba la escasez pecuniaria del Gobierno, sino que envolvia una amenaza á la propiedad particular, que alarmó altamente á las personas que poseian algunos bienes de fortuna. La sociedad se atemorizó, y con razon, juzgando que el periódico del Gobierno no podia haber puesto palabras que no estuviese autorizado por éste para decirlas. En aquel artículo se aseguraba que el general Santa-Anna, impulsado de su acendrado patriotismo, habia empeñado su crédito personal con el objeto de conseguir recursos para la campaña.

«La guerra á que estamos provocados», decian los redactores del *Diario Oficial*, «es la mas justa por nuestra parte; ella debe hacerse; la nacion debe levantarse en masa, y el dinero se ha de sacar de donde lo hubiere; los pobres y la clase media prestarán sus personas. Que los ricos, siguiendo el noble ejemplo del general Santa-Anna, *apronten sus tesoros; no sea que el pueblo, que sabe bien á dónde están sus arcas, se arroje sobre ellas, estraiga el dinero, y lo lleve donde están nuestros soldados*». Este lenguaje, el menos conveniente para acreditar de justo á un Gobierno, hizo que la prensa levantase la voz en defensa de los intereses de los particulares y que interpelase al ministro de Hacienda para que dijese si el alarmante artículo del *Diario Oficial* era la expresion del pensamiento del Gobierno. Por fortuna de la sociedad y del buen nombre de los que mandaban, y muy especialmente del general Salas que continuaba encargado del supremo poder ejecutivo, el artículo habia sido puesto sin autorizacion como doctrina particular de uno de los redactores, y pocos dias despues se cambió completamente el personal de la redaccion, con lo cual los ánimos se tranquilizaron. Sin embargo, la necesidad de dinero era cada vez mas urgente. El Gobierno recibió el 25 de Setiembre dos comunicaciones oficiales, fechadas en Monterey, una el 17 y la otra el 18, firmadas por el general D. Pedro Ampudia, que le recordaban el deber en que estaba de enviar auxilios pecuniarios y de gente á los soldados que se hallaban al frente de los invasores. En la comunicacion del 17 suponía el general Ampudia que los norte-americanos se presentarian frente á la plaza para el 19; pero en la del 18, aseguraba que se

presentarian en la misma tarde, pues su vanguardia se hallaba á cinco leguas de distancia de Monterey. A la vez que comunicaba estas noticias, manifestaba que podria hacer con buen éxito la defensa de la plaza; pero que, por si se veia obligado á abandonarla, habia asegurado su retirada fortificando el paso del Muerto.

1846. El Gobierno, precisado á crearse recursos para atender á los gastos de la guerra, negoció con los capitalistas un empréstito de un millon de duros. La base de ese préstamo fué la hipoteca que dió el clero y corporaciones eclesiásticas por dos millones de duros en bienes raíces, rústicos y urbanos. El préstamo no causaba réditos, y en compensacion se admitia á los prestamistas la mitad en plata acuñada, y la otra mitad en créditos de la deuda consolidada interior, ó bien dos terceras partes en dinero efectivo y una tercera en créditos de la deuda diferida interior. La suma de un millon de duros debia entregarse en cantidades parciales; pero de manera que, para fin de año aquella suma hubiese ingresado al erario. El Gobierno se comprometió á devolver ó amortizar los dos millones del préstamo en moneda de plata del cuño mejicano, en estos términos: la tercera parte de los dos millones en un año, contado desde el 1.º de Octubre próximo; igual cantidad en 31 de Marzo de 1848, y el resto en 30 de Octubre del mismo año. En caso de no verificar el Gobierno la amortizacion, las fincas del clero especialmente hipotecadas, se adjudicarian ó se venderian al mejor postor para hacer el pago. Así esta vez, lo mismo que siempre, venian los bienes de la Iglesia á salvar á los particulares de gravámenes y desembolsos terribles para la

guerra, que les hubieran ocasionado la ruina y al pueblo el aumento de onerosas contribuciones.

El dia 26 del mismo Setiembre entró á desempeñar la cartera de Hacienda D. Antonio Haro y Tamariz, por haberse separado de ella D. Valentin Gomez Farias. El 27, que fué domingo, se celebraron las elecciones primarias, no con la calma y armonía que debia reinar cuando la union de todos los partidos se hacia indispensable para combatir á las tropas de los Estados Unidos, sino de una manera tan tumultuaria y tiránica de parte del partido liberal exaltado, que presagiaba consecuencias funestas. El *Monitor Republicano*, descontento de ver que la imprudencia de algunos encendiese de nuevo la tea de la discordia que parecia haberse extinguido para agruparse al rededor del pabellon nacional, decia al siguiente dia estas palabras: «Triste es, á la verdad, que en las presentes
»circunstancias y cuando la república debiera haber adquirido alguna experiencia, que aun se den pasos en
»falso, como ayer han dado los que se llaman defensores
»exaltados de la libertad y de la federacion. Nuestras
»opiniones no deben en manera alguna parecer sospechosas á ese mismo partido, pues nos ha visto, hace mucho
»tiempo, pedir la federacion, sostener los principios republicanos y clamar por la libertad en los momentos
»mas críticos. Triunfó la revolucion, y los principios de libertad triunfaron. Creimos, desde luego, que las lecciones de la experiencia habrian hecho á los mejicanos
»conocer su triste posicion, y que, aprovechando la brillante oportunidad que se les presentaba, todos aquellos
»que profesan las mas sanas ideas republicanas, se uni-

»rian y trabajarían de consuno en establecer una sólida y ordenada libertad; pero nuestro desengaño ha sido »cruel; las exageraciones del partido que se ha llamado »liberal, han sido cada día mayores; el espíritu de ex- »clusion se ha entronizado, y con el mas amargo sen- »timiento hemos visto que se ha desconfiado de los libe- »rales moderados». Otro periódico, *El Republicano*, que lamentaba, como todos, que no se dejase obrar libremente en las elecciones á las personas de todas las creen-

1846. cias políticas, se expresaba en estos términos en su número del día 28: «Ayer en las elecciones »primarias hubo un extraordinario desorden: en muchas »casillas habia setenta ú ochenta hombres del pueblo á »la devocion de esos liberales exaltados que entraban en »la casilla cuantas veces era necesario, y dejaban puña- »dos de listas, de cuyo modo triunfó: repétimos una y mil »veces, que la federacion no reconoce á esos hombres »como sus partidarios; ellos desacreditan aquella causa, »y hacen recaer sobre todos los federalistas, sobre todos »los liberales, los justos cargos que les dirigen los hom- »bres sensatos y acaso el odio de la nacion». Sensible era por cierto que cuando el país entero habia acariciado la esperanza de una union sólida que le hubiera hecho invencible, volvieran á recrudecerse los odios de partido que debilitan y entorpecen la accion nacional. No veian, en medio de la efervescencia de las pasiones políticas que les cegaba, que en aquellos mismos momentos, en aquel mismo día 27 de Setiembre, aniversario de la entrada del ejército trigarante que consumó la independéncia de Méjico, el ejército que debia defenderla en la frontera, tuvo

que suspender su marcha por falta de recursos. Sí; la escasez de éstos era tan absoluta, que un periódico decia ese día de las elecciones estas palabras: «los cuerpos cuya salida anunciamos ayer, tuvieron que suspender su marcha por la falta de dinero: hoy no marcha ninguno por la misma razon; ignoramos lo que sucederá mañana».

1846. El general Santa-Anna, animado de un verdadero sentimiento patriótico, agitaba en tanto al Gobierno, pintándole la necesidad de enviar sin tardanza, tropas á la frontera, al frente de las cuales debia marchar él mismo. Deseando obsequiar aquel justo deseo, el Gobierno hizo un esfuerzo, y el día 28 de Setiembre salió de la capital una fuerza de tres mil hombres que se componia de los cuerpos siguientes. Caballería: húsares, 2.º, 4.º y 5.º, y el escuadron ligero de Puebla. Infantería: el 1.º ligero, el 11.º de idem, y el 2.º activo de Méjico, y la artillería de á pié y ligera. El general Santa-Anna marchó á la cabeza de estos tres mil hombres para San Luis, donde se iba á establecer el cuartel general. A pesar del gran empeño del Gobierno en proporcionar recursos á esta division, resto del ejército que habia quedado en la capital y salia para unirse á sus compañeros de armas, solo se le pudo dar el sueldo de ocho dias y las raciones indispensables para los mismos. Sin embargo, la tropa iba contenta y los oficiales con entusiasmo hácia el teatro de la guerra. Una y otros tenian gran confianza en el general que les guiaba, y lo que anhelaban era llegar á tiempo para obligar á Taylor á levantar el sitio de Monterey y perseguirle hasta derrotarle completamente. Mientras entregados á estas ideas patrióticas marchaban,

veamos lo que pasaba en la ciudad de Monterey. Monterey es, aunque pequeña, una de las ciudades mas bonitas de la república mejicana, por su situacion topográfica y por la pintoresca campiña que le rodea: distante 151 leguas de Méjico, es la capital del Estado de Nuevo Leon, sobre el rio que lleva el mismo nombre que la ciudad, y cuenta con 13,500 habitantes. Aunque no es plaza fuerte, la tropa mejicana se habia propuesto defenderla, y el ejército de Taylor, comprendiendo su importancia para proporcionarse recursos, apoderarse de ella. Para ponerla en estado de defensa, se levantó un reducto en la Tenería, punto situado sobre la orilla del rio, extramuros de la ciudad; otro bastionado del lado en que la nueva catedral estaba sin concluir, para cerrar ese lado descubierto; las trincheras indispensables para cubrir la márgen del rio por la parte de Este; una fortificacion en el pico mas bajo del Cerro del Obispado, y algunas otras obras de poca importancia en el centro de la ciudad. El Gobierno de Salas hizo que el mando del ejército que habia estado encomendado al general Mejía, pasase al general D. Pedro Ampudia. Este nombramiento disgustó á la mayor parte de los jefes, no porque el general Ampudia no tuviese buenas cualidades militares, sino porque tenian gran adhesion á Mejía, y comprendian que, en los momentos críticos en que el enemigo se dirigia hácia Monterey, el cambio de general en jefe no podia dar por resultado mas que el enfriamiento en la confianza que en el primero tenia ya la tropa, y el suscitar rivalidades siempre perniciosas entre la oficialidad.

1846. Al recibir noticias de que los invasores se

aproximaban á la ciudad, la mayor parte de las familias empezaron á salir de ella para no sufrir los rigores de un sitio, y Monterey se encontró sin mas gente que con aquella que estaba en disposicion de empuñar las armas. Los norte-americanos se encontraban el dia 17 en Agua-fria, disponiendo sus preparativos de ataque, y la caballería mejicana se encontraba en observacion de sus movimientos. Los habitantes de Monterey que estaban en estado de tomar las armas, manifestaban un vivísimo entusiasmo y anhelaban el dia del combate. El ejército participaba del mismo entusiasmo, y sobrellevaba con gusto las escaseces y las fatigas. El dia 18, habiendo hecho movimiento las tropas de los Estados Unidos, situándose en San Francisco, entró la caballería mejicana en la plaza, y poco despues fué á colocarse, por orden del general en jefe, á la falda del Cerro del Obispado. En esos momentos llegó á Monterey una conducta de 28,000 duros, que el Gobierno enviaba para pagar los sueldos del ejército, dando así un ligero alivio á sus necesidades. En la mañana del 19, las guerrillas mejicanas situadas en observacion de los norte-americanos, despues de haberse tiroteado con las descubiertas de éstos, se replegaron á la ciudad, presentándose el ejército invasor á las nueve de la misma mañana en número de nueve mil hombres y veinte piezas de artillería, enfrente de la plaza, por el rumbo del Norte. El toque de generala resonó por todas las calles de Monterey, y los valientes habitantes, empuñando el fusil, marchaban alegres al sitio del peligro. Algunas columnas de los sitiadores avanzaron hasta cerca de la ciudadela, desde donde se le hizo un vivo fuego de artillería; pero

aquel movimiento no tuvo por objeto mas que el hacer un reconocimiento, y se replegaron al bosque de Santo Domingo, que se halla á poco menos de una legua de la ciudad, y que era el punto en que el ejército de Taylor habia acampado. La plaza contaba para su defensa con cinco mil hombres y treinta y dos piezas de artillería. El dia 19 se pasó de una y otra parte en disponerse para el combate, y solo se hizo fuego de cañon muy lento y sin resultado. Otro convoy con algunos víveres y conduciendo ocho mil duros, entró ese dia en la plaza, procedente del Saltillo. El dia 20, el movimiento que se advertia en el campo de los sitiadores revelaba que se disponian á atacar la ciudad. Los norte-americanos, situados, como he dicho, en el bosque de Santo Domingo, fijaron su base de ataque en dos puntos: el Cerro del Obispado, que domina la plaza por uno de sus extremos, en el camino del Saltillo, y la Tenería que, como queda indicado, se encuentra en la orilla del rio con direccion á Cadereita. Una fuerza de caballería norte-americana se aproximó al Cerro del Obispado, y cerca de él sorprendió á algunos soldados mejicanos, haciéndolos prisioneros. Entonces destacó el general Ampudia doscientos dragones para impedir cualquiera tentativa. Pronto se comprendió que tambien aquel dia se pasaria sin que la plaza fuese atacada. Con efecto, solo se vió estar en movimiento á la caballería invasora recorriendo las inmediaciones de Monterey, con el fin de proteger á los ingenieros de su ejército que se ocupaban de hacer un reconocimiento escrupuloso de la plaza. Por la tarde, el general norte-americano Worth, se dirigió con una columna, varios carros y artillería, hácia el camino



Defensa de la ciudad de Monterrey (1846)

del Topo. Aquel movimiento indicaba bien claramente que el objeto de los sitiadores era cortar todo recurso á los sitiados, situándose en el camino del Saltillo, y cortándoles así toda comunicacion con el interior del país. Para evitarlo, ordenó el general en jefe Ampudia que la caballería mejicana se situase en el Jagüey, que es el punto en que se reunen el camino del Topo y el del Saltillo. Colocadas así las tropas de uno y otro ejército, pasaron la noche en expectativa, pero sin que se hiciese ningun otro movimiento.

1846. A las seis de la mañana del dia 21, la columna norte-americana de Worth se puso en marcha para situarse en el punto que cortaba á la ciudad toda comunicacion: entonces la caballería mejicana se arrojó sobre ella; los norte-americanos la recibieron con un vivo fuego, y el primero que cayó muerto fué el comandante de lanceros de Jalisco, D. Juan Nájera. No por esto se desistió de dar la carga: ésta, por el contrario, fué entonces mas vigorosa, y el comandante del regimiento de Guanajuato D. Mariano Moret que la dirigia, se portó con un valor heróico: casi todos los dragones que le seguian encontraron la muerte; y solo se retiró cuando despues de haber llegado casi hasta tocar las baterías contrarias y mirando á la mayor parte de sus soldados muertos, vió que era imposible continuar el ataque, y volvió á la ciudad, donde fué recibido con aplauso de todos sus compañeros.

Dueño Worth del sitio deseado, el ataque á la plaza se efectuó poco despues por el general Taylor. Eran las nueve de la mañana cuando éste, con cinco mil hombres,